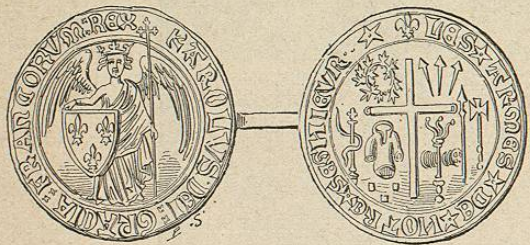


figuraban casi siempre individuos del clero: cuando se representó en Angers la *Pasión* de Juan Michel, dos canónigos desempeñaban los papeles de Dios y de Judas, y un capellán el de la Virgen, y comenzó la función con una misa que se dijo «en un altar convenientemente dispuesto, á fin de mejor imponer y obtener silencio.» A veces, el ciclo de representaciones terminaba con un *Tedum*.

La víspera del día en que dichas representaciones empezaban, se verificaba la «exhibición» de los actores por la ciudad: judíos, sarracenos, romanos, sacerdotes y apóstoles, desfilaban á pie, á caballo ó en carro, al son de músicas y seguidos de la cuadrilla de demonios que disparaban cohetes; y toda aquella muchedumbre abigarrada se dirigía á la catedral para oír una misa solemne.

Los misterios despertaban extraordinario entusiasmo,



Medalla de Carlos VII

sólo comparable con el que inspiraban á los griegos los Juegos Olímpicos. Las graderías que se construían al aire libre, generalmente en la plaza pública, contenían frecuentemente quince ó veinte mil espectadores; durante la representación suspendíanse todos los trabajos y las casas quedaban vacías y las calles desiertas: la población en masa, sin contar la gente de los alrededores, asistía al misterio, y los mejores sitios eran ocupados desde las cuatro de la mañana. Se hacía necesario adoptar precauciones especiales para guardar la ciudad contra los ladrones; así en el período más espantoso de la guerra de Cien Años, en 1425, cuando la Auvernia se veía devastada por las tropas ligeras, representóse en Saint-Flour una *Pasión*, á la que asistieron los habitantes de los alrededores, y sólo se dejó abierta una puerta de la población, custodiada por una numerosa guardia, durante los tres días del espectáculo. Todas las clases de la sociedad tomaban parte en estas fiestas y no pocos nobles se alistaban entre los actores al lado de los sacerdotes, de los jóvenes clérigos y de los artesanos. Esos actores desempeñaban sus papeles con un entusiasmo que nada lograba entibiar, sucediendo á veces que Satanás fué quemado por los fuegos del infierno, que Jesús creyó morir de veras en la cruz y que Judas estuvo á punto de estrangularse con su cuerda: por nada del mundo se habría interrumpido la representación; era una ceremonia sagrada al mismo tiempo que un entretenimiento.

La historia de la representación de los misterios demuestra cuán profundas raíces tenía entonces echadas la religión en las almas, qué atmósfera sobrenatural envolvía la vida toda y cuán candorosa y familiar intimidad mantenían los franceses del siglo xv con la Divinidad, con los personajes bíblicos y con el mundo de los santos y de las santas.

IV.—La caridad y los hospitales (1)

La guerra de Cien Años destruyó en parte el sistema de asistencia que la caridad cristiana había creado y desarrollado durante la Edad media.

Además de los socorros prestados por las iglesias y los monasterios, habíanse, en efecto, multiplicado desde el siglo xi las obras de beneficencia sostenidas por los laicos. Se había empleado mucho dinero, mucha abnegación y mucho ingenio para luchar contra las enfermedades y contra la pobreza, y la gente hacía limosnas y albergaba en su casa á los indigentes ó contribuía á la fundación y al sostenimiento de hospitales por medio de donaciones y legados. Esos hospitales, que tenían como directores y como enfermeros á eclesiásticos, servían de asilos para los enfermos y para las parteras, de hospicios para los pobres y de hospederías para los peregrinos. Su número era extraordinario: los había en la mayor parte de las aldeas; Tolosa contaba siete, por lo menos, en 1430, y Arrás unos quince. Las asociaciones de beneficencia revestían las formas más variadas; las cofradías de artesanos tenían á menudo una caja de asistencia mutua y hacían además donativos importantes á los pobres de la ciudad. Había también cofradías no profesionales, de un carácter exclusivamente religioso y caritativo: la asociación más vasta de este género fué la orden hospitalaria del Espíritu Santo, fundada en Montpellier á fines del siglo xii, que pobló con sus benéficos establecimientos el Mediodía de Francia y la Borgoña y se extendió por fuera, en el Frando Condado, en Provenza y en Italia. Algunas municipalidades ocupábanse asimismo de asistencia pública y tenían oficinas de beneficencia, «caridades,» como entonces se decía. Por último, muchas ciudades tomaban á su servicio médicos titulares á quienes pagaban un sueldo.

La guerra de Cien Años no mató el espíritu de caridad, pues ya hemos visto que en los testamentos del tiempo de Carlos VII jamás se olvidaba á los pobres, y la pequeña población auvernesa de Felletin, que en el siglo xv no contaba más que un millar de habitantes, encontraba medio de distribuir todos los años entre los indigentes 200 hectolitros de centeno. En cambio, la guerra arruinó á los hospitales, porque sosteniéndose casi todos ellos merced á una explotación agrícola aneja á la misma ó á rentas procedentes de propiedades territoriales, la desolación de los campos les privó de recursos. Además los ingleses y las tropas ligeras saquearon desapiadadamente aquellos establecimientos, llevándose las camas, las sábanas y el mobiliario. Aquello fué el comienzo de una desorganización general del régimen hospitalario, ya que para reparar todas aquellas ruinas habrían sido precisas, una vez terminada la guerra, mu-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Las monografías son muy numerosas. Además de las obras publicadas hasta 1892, enumeradas por M. Luchaire, *Manuel des Institutions françaises*, 1892, páginas 138 y 143, se consultarán principalmente los trabajos de M. León Legrand insertos en las «Mémoires de la Société de l'Histoire» de París, desde 1886, en la «Revue des Questions historiques,» 1898, tomo I, y en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1896 y 1900. P. Le Cacheux, *L'Hôtel-Dieu de Coutances*, 1895-1899. A. Prudhomme, *L'assistance publique à Grenoble*, tomo I, 1898. F. Autorde, *Les Charités de Felletin*, 1897. Padre P. Brune, *Histoire de l'ordre hospitalier du Saint-Esprit*, 1892 (importante crítica de L. Delisle: «Journal des Savants,» 1893).

cha energía y mucha abnegación, y por el contrario las gentes de iglesia que administraban los hospitales excitaron la indignación general con sus concusiones y sus vicios. El hospital de París, sobre todo, fué teatro de abominables escándalos, y la mayoría de hospitales rurales desaparecieron y no fueron reemplazados.

A nadie se le ocultaba, en el siglo xv, la necesidad

de los concilios generales, disminuyendo los derechos fiscales de la Santa Sede y restaurando las elecciones canónicas. La Pragmática Sanción de Carlos VII pareció dar fuerza de ley en Francia á sus decisiones, pero no fué más que una añagaza y ya veremos cómo por culpa de la monarquía fracasó el esfuerzo más grande que jamás haya intentado la Iglesia anglicana.



Felipe el Bueno ante Santa Isabel y la Virgen, acompañado de San Felipe y de San Andrés. (Biblioteca Nacional de París.)

CAPITULO IV

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL

I. El medio. Los Mecenas. Las escuelas y las universidades.—II. La teología, las ciencias, la historia, la política.—III. La poesía lírica y popular, la novela y la narración en prosa, el teatro.—IV. Las artes.

I.—El medio. Los Mecenas. Las escuelas y las universidades (1)

Se ha dicho que el final de la guerra de Cien Años ha sido un período de «interregno» en la historia intelectual de Francia, excepción hecha de los dominios borgoñones, que estaban más al abrigo de las calamida-

de una reforma de la Iglesia. El clero conservaba aún su imperio sobre las almas, y sus riquezas materiales, disminuídas durante la guerra, podían ser en parte reconstituídas; pero era preciso establecer una distribución equitativa de sus recursos, condición primordial para poner término á escándalos inauditos, á menudo engendrados por la guerra y para tener sacerdotes instruídos y honrados. Logrado esto, podría emprenderse una lucha fructuosa contra las supersticiones populares que desfiguraban el dogma y el culto, y se podría pensar en restaurar las obras de caridad cristiana, debiendo ser la base de toda reforma la colación de beneficios. Pero los hombres que se sucedían en el solio pontificio no parecían dispuestos á curar la llaga que la Iglesia católica entera padecía. Los prelados y doctores, en su mayor parte franceses, que se reunieron en Basilea en 1431 trataron de remediar el mal estableciendo la om-

(1) FUENTES.—Denifle y Châtelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, tomo IV, 1897; *Auctarium Chartularii*, to-

des de la época. Es indudable que desde hacía muchos siglos pocas veces habían sido más desfavorables las circunstancias á la instrucción y al estudio, á la producción literaria y artística: los largos viajes que antiguamente se realizaban para ir á escuchar á un maestro célebre no eran ya posibles, y el arzobispo de Burdeos escribía en una súplica de 1439: «Los que están dispuestos á buscar la perla de la ciencia ya no pueden dirigirse con seguridad á las universidades y muchos que á ellas se encaminaban han sido detenidos y encarcelados, se han visto despojados de sus libros y de su dinero, han sido puestos á rescate y aun á veces, ¡oh dolor!, condenados á muerte.» De todas las ciudades que habían sufrido directamente los efectos de la guerra había huído casi por completo la parte de población compuesta de gente de estudios y de artistas; así cuando en 1436 quiso repararse el puente de Orleáns, en parte destruído durante el sitio de 1428-1429, no se encontró en la ciudad ningún «maestro albañil» capaz de dirigir las obras. En la misma época se cerraron los talleres artísticos de la Isla de Francia hasta entonces tan florecientes; y los de la Champaña ya no producían casi nada (1).

Sin embargo, ni los estudios, ni las letras, ni lo que entonces se llamaban las ciencias, ni las artes, tuvieron un eclipse total, siendo prodigioso que en medio de tan espantosas miserias prosiguiera y aun en ciertos aspectos renaciera la vida intelectual de Francia. El reinado de Carlos VII, en su primera mitad, no fué una época de inercia para la inteligencia, y el rápido florecimiento artístico y literario con que á su final se embellece con el gran Villon, con Antonio de La Sale y con el pintor Fouquet, nos mueve á decir que, si hubo «interregno», este «interregno» no fué estéril ni estuvo falto de gloria.

Esta persistencia de actividad fué, sin duda alguna, consecuencia de las buenas costumbres adoptadas durante el siglo precedente. Desde el siglo XIV, como he-

mo II, 1897. Compilaciones editadas por el marqués de Laborde y de Quatrebarbes, citadas anteriormente, pág. 168. *Extraits des comptes et mémoires du roi René*, edición Lecoy de la Marche, 1873. *Inventaires des princes d'Orléans-Valois*, publicados por J. Roman, 1896.

OBRAS DE CONSULTA.—Rashdall, *The Universities of Europe in the middle ages*, 1895. Jourdain, *L'Université de Paris à l'époque de la domination anglaise*, «Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions», 1870. De Bourmont, *Fondation de l'Université de Caen*, 1883. J. Quicherat, *Histoire de Sainte-Barbe*, tomo I, 1860. Antonio Dupuy, *L'Enseignement supérieur en Bretagne*, «Annales de Bretagne», tomo IV, 1888-1889. *Les écoles en Bretagne au XV^e siècle*, «Bulletin de la Société Académique de Brest», segunda serie, tomo V, 1877-1878. De Beaurepaire, *L'instruction publique dans la diocèse de Rouen*, tomo I, 1872. Clerval, *Les écoles de Chartres*, 1895. Delisle, *Le cabinet des manuscrits*, tomo I, 1868. Richter, *Die französische Litteratur am Hofe der Herzöge von Burgund*, 1882. Lecoy de la Marche, *Le roi René*, tomo II, 1875 (véase la crítica de A. Girty, «Revue critique», 1875, 2.^o semestre). A. Champollion-Figeac, *Louis et Charles d'Orléans*, 1844 (anticuada). Mayer, *Les ducs de Bourbon et les poètes au XV^e siècle*, «Revue Bourbonnaise», tomo I, 1884. Respecto de Dunois, véanse las memorias de L. Jarry, «Mémoires de la Société archéologique de l'Orléanais», tomo XXIII, y «Reunions des Sociétés des Beaux-Arts des départements», 1890.

(1) «Mémoires de la Société archéologique de l'Orléanais», tomo XXVI, págs. 490 y siguientes.—R. Koehlin y J. J. Marquet de Vasselot, *La sculpture à Troyes et dans la Champagne méridionale au XVI^e siècle*, 1900.

mos visto, habíase despertado una curiosidad universal y los hombres en cuyas manos estaban el poder político y la riqueza, cuando no eran ellos mismos hombres de letras, habíanse acostumbrado á proteger á los pensadores y á los artistas: todos los grandes señores de la época fueron, con más ó menos fausto y gusto, otros tantos Mecenas, y á pesar de la miseria de los tiempos continuaron mostrándose espléndidos aun á riesgo de arruinar su casa, habiéndose extendido su protección á todos los obreros de la inteligencia, jóvenes escolares mantenidos á sus costas en las universidades, teólogos, sabios, historiadores, poetas, novelistas y artistas.

Carlos VII era de culto ingenioso y «gran historiador y buen latinista», según afirma Chastellain; era aficionado á los libros, y Marcial de Auvèrnia nos dice que llenaba su consejo de hombres «letrados en clerecía y en ciencia.» Pero los grandes Mecenas de aquella época fueron el duque de Borgoña y el rey Renato.

Felipe el Bueno era, por sus dominios de los Países Bajos, el príncipe más rico de la cristiandad y ya hemos visto que era también el más fastuoso. La vida para él era una fiesta perpetua ennoblecida por todos los esplendores del arte; sabía discernir lo bello y era en ocasiones un rimador bastante hábil. Sus cuentas demuestran las sumas enormes que prodigaba en pensiones otorgadas á los literatos, en representaciones teatrales y en compras de objetos de arte destinados á sus castillos y á los templos de sus Estados. Dispersada la «librería» del Louvre, ninguna biblioteca podía rivalizar con la suya por el número y la magnificencia de los manuscritos y por la riqueza de las encuadernaciones con adornos de oro y piedras preciosas. Tenía á sueldo un verdadero ejército de calígrafos y de iluminadores y sostenía en el extranjero á varios «traductores y escribientes» [para copiar y en caso necesario traducir las obras que aún no poseía, y al final de su vida hizo protector del naciente arte de la imprenta (2)].

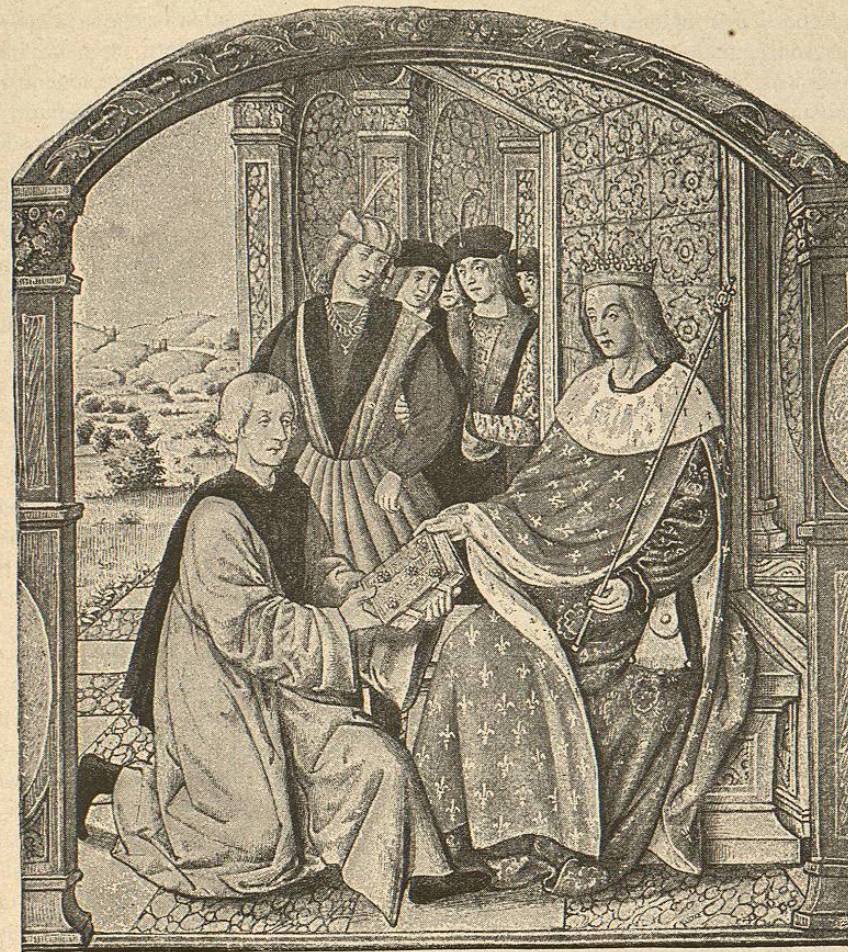
Renato, duque de Anjou y de Lorena, conde de Provenza, rey *in partibus* de las Dos Sicilias, no era tan rico como Felipe el Bueno; el Anjou y la Provenza estaban arruinadas por la guerra, y la vida del rey Renato, como veremos, fué fértil en calamidades que todavía disminuyeron su menudado presupuesto; pero en cambio tenía un talento más vivo y más sagaz que el duque de Borgoña, una curiosidad insaciable y una pasión ardiente por las letras, por las artes y por todo cuanto puede interesar á la inteligencia. Desde 1443 á 1471 residió principalmente en Anjou: engrandeció el viejo castillo construído por San Luis en Angers y lo rodeó de hermosos jardines llenos de flores, de plantas raras y de animales exóticos; su corte no era lujosa, mas no había otra que la aventajara en elegancia, refinamiento y originalidad; en ninguna eran mejor acogidos los literatos, los músicos, los actores, los astrólogos y los alquimistas. El rey Renato, como su tío segundo, el duque de Berri, fué un epicéure delicado y además manejó la pluma y el pincel.

Poseemos de él el *Livre des Tournois* (*Libro de los torneos*), obra didáctica en prosa; el *Cœur d'amour épris* (*Corazón enamorado*), obra alegórica en prosa con ver-

(2) De la historia de los orígenes de la imprenta en Francia nos ocuparemos en otro lugar de esta obra.

sos intercalados; el *Mortifement de vaine plaiissance* (*Mortificación de placer vano*), tratado de moral cristiana escrito también en prosa y verso, y finalmente la pastoral de *Regnault et Jeanneton*, algunos rondós y varios cánticos. Las obras del rey Renato no son simples ejercicios literarios, sino que le fueron inspiradas unas por su afición sincera á la vida rural ó á los pasa-

cer ilustrar algún manuscrito dirigiéndose seguramente á artistas de profesión. No fué ni «un hombre universal» ni «un jefe de escuela», como algunos han pretendido, sino un aficionado inteligente iniciado en la técnica artística lo mismo que en la técnica literaria, y curioso particularmente por aprender los secretos de las artes industriales, incluso de las exóticas. Sus *Comptes et Me-*



Grace de la Vigne presentando á Felipe el Bueno su obra *Le Romantz des Oiseaux*. Miniatura de este manuscrito. (Gabinete real de grabados, Berlín.)

tiempos caballerescos y otras por circunstancias tristes ó alegres de su existencia. El «buen rey» ha expresado en versos llenos de ingenuidad y de gracia su amor á la naturaleza y el placer que le producía la contemplación de los labradores en el trabajo, de los bueyes «Brunet, Blanchet, Blondeau y Compagnon» y «la fértil tierra que da buen trigo.» No supo, sin embargo, sustraerse á las modas y á las manías literarias de su tiempo, y sus obras carecen de originalidad, y lo mismo sucedía con las pinturas decorativas que ejecutaba en sus residencias y con los cuadritos que se complacía en pintar, por ejemplo aquella «imagen» de la Crucifixión que se «había encargado de componer para los franciscanos de Laval.» Probablemente no se conserva ninguna de las pinturas del rey Renato (1), el cual era el primero en no concederles importancia alguna, y cuando quería ha-

(1) Un artículo de M. Gaston Save sobre *Le duc René I artiste peintre*, «Bulletin des Sociétés Artistiques de l'Est», 1899, inserta una lista de las obras que las fantasías de la tradición han atribuído al rey Renato.

moriaux (*Cuentas y memoriales*) demuestran que dirigió por sí mismo y minuciosamente á los artistas que edificaron ó embellecieron sus residencias. Comprendía y saboreaba el arte italiano, pero á la suave elegancia de los pintores ultramontanos prefería el realismo y los sabios procedimientos de Van Eyck y de su escuela. De los pintores por él empleados, como Bartolomé de Cler, Pedró du Villant, Coppin Delf, Jorge Trubert y Nicolás Froment, unos eran flamencos y otros en las tradiciones flamencas se inspiraban. El rey Renato contribuyó quizás tanto como Felipe el Bueno á hacer triunfar en el arte francés de aquel tiempo el naturalismo septentrional.

Carlos de Orleáns, libertado de su dura cautividad en 1440, llevaba en Blois una existencia tranquila y modesta porque estaba arruinado hasta el punto de verse en la necesidad de llevar ropas remendadas; su único lujo era una colección de libros escogidos. Viejo antes de la edad y lamentándose de sus achaques, comparábase él mismo con un gato dormido. La corte de Blois

era el «reino de inacción.» Ciertamente que el duque gustaba de los literatos y de los poetas, los atraía á él é instituía certámenes poéticos, habiendo recibido á Villon; pero sus familiares habituales, los Caillau, los Fredet y otros eran malos versificadores. En suma, Carlos de Orleans, á pesar de su valor literario personal, no ha desempeñado en nuestra historia intelectual más que un papel muy mediano.

El ejemplo dado por los príncipes de la sangre fué imitado y á veces sobrepujado por señores de todas categorías: Gilles de Rais, gran aficionado al arte y elegante literato, preocupado hasta en sus sangrientas orgías por cuidados estéticos; Antonio, gran bastardo de Borgoña; Juan, conde de Dunois; Juan II, duque de Borbón; Pedro II, duque de Bretaña; entre los funcionarios de Felipe el Bueno, los Croy, el obispo Guillermo Fillastre y Luis de Brujas, señor de la Gruhuysse, que comienza entonces su larga carrera de bibliófilo; entre los del rey Renato, Beltrán de Beauvau, senescal de Anjou, que vende sus bienes para satisfacer sus gustos artísticos; entre los de Carlos VII, los Coetivy y sobre todo el almirante Prigent de Coetivy, ferviente aficionado á manuscritos. Aun añadiendo á estos nombres los de las grandes damas literatas, como Leonor de Borbón, condesa de la Marca, como Ambrosia de Loré, esposa de Roberto de Estonteville, y los de los de Nicolás Rolin, Jacobo Cœur y Esteban Chevalier, fastuosos ciudadanos que construyeron el hospital de Beaune y el palacio de Bourges y encargaron á Juan Fouquet las pinturas alegóricas de las *Horas*, todavía resultará muy incompleta la lista de los Mecenas del tiempo de Carlos VII.

La plebe no era insensible á los placeres de la inteligencia. Ya hemos visto con qué afán seguía y secundaba las representaciones de los misterios. En muchas ciudades los clérigos jóvenes ó los ciudadanos formaban asociaciones semi-humorísticas semi-literarias, y en el Norte las cofradías denominadas «Cámaras de Retórica» eran pequeñas academias burguesas en donde se versificaba á la moda del día, es decir, de una manera sumamente presuntuosa, y cuyos cofrades se prestaban mutua ayuda para representar los «misterios» y las «diversiones» por ellos compuestas. Estas Cámaras de Retórica han sido objeto de muchas burlas y sin embargo contribuyeron á fomentar la afición á las cosas de la inteligencia.

La generación contemporánea de Carlos VII ha sido, pues, á pesar de tantas calamidades, una generación inteligente, literata y artista. Luego veremos que ha sido también capaz de innovar y que sus grandes escritores, sobre todo, han producido obras muy personales. Sin embargo, el progreso no fué general; no todas las cadenas del pasado quedaron rotas, y los teólogos, los eruditos y los sabios de aquel tiempo siguieron siendo hombres de la Edad media y aun á menudo sus producciones indican una decadencia. No todas las promesas del siglo XIV se han cumplido; el movimiento humanista se ha parado y el debilitamiento del pensamiento filosófico, tan visible ya en la anterior centuria, no hace más que acentuarse en el siglo XV.

Y es porque si los literatos y los artistas encuentran en tiempos de Carlos VII lo que les es más necesario, un público, protectores generosos y encargos, las cien-

cias y la filosofía exigen otra cosa, una formación metódica de las inteligencias, y esto era precisamente lo que entonces faltaba.

No se ha extinguido, sin embargo, el afán por aprender: en las instrucciones destinadas á su hijo, por un funcionario de Felipe el Bueno, Juan de Lanoy, se encuentra un ingenuo y curioso testimonio de este estado de ánimo: «Nunca, dice, había estado en una escuela y por ende nada sabía ni podía saber, de lo cual no hay día que no experimente un maravilloso sentimiento, sobre todo cada vez que me encuentro con los otros en el Consejo del rey y muy á menudo en su presencia así como en la de mi muy temido señor el duque de Borgoña, porque no sé ni me atrevo á decir mi opinión después de los clérigos, elocuentes legistas é historiadores que han hablado antes que yo, pues no tengo la manera de hablar elocuentemente y no sé decir más sino: Maese Juan ó maese Pero ha hablado bien (1).»

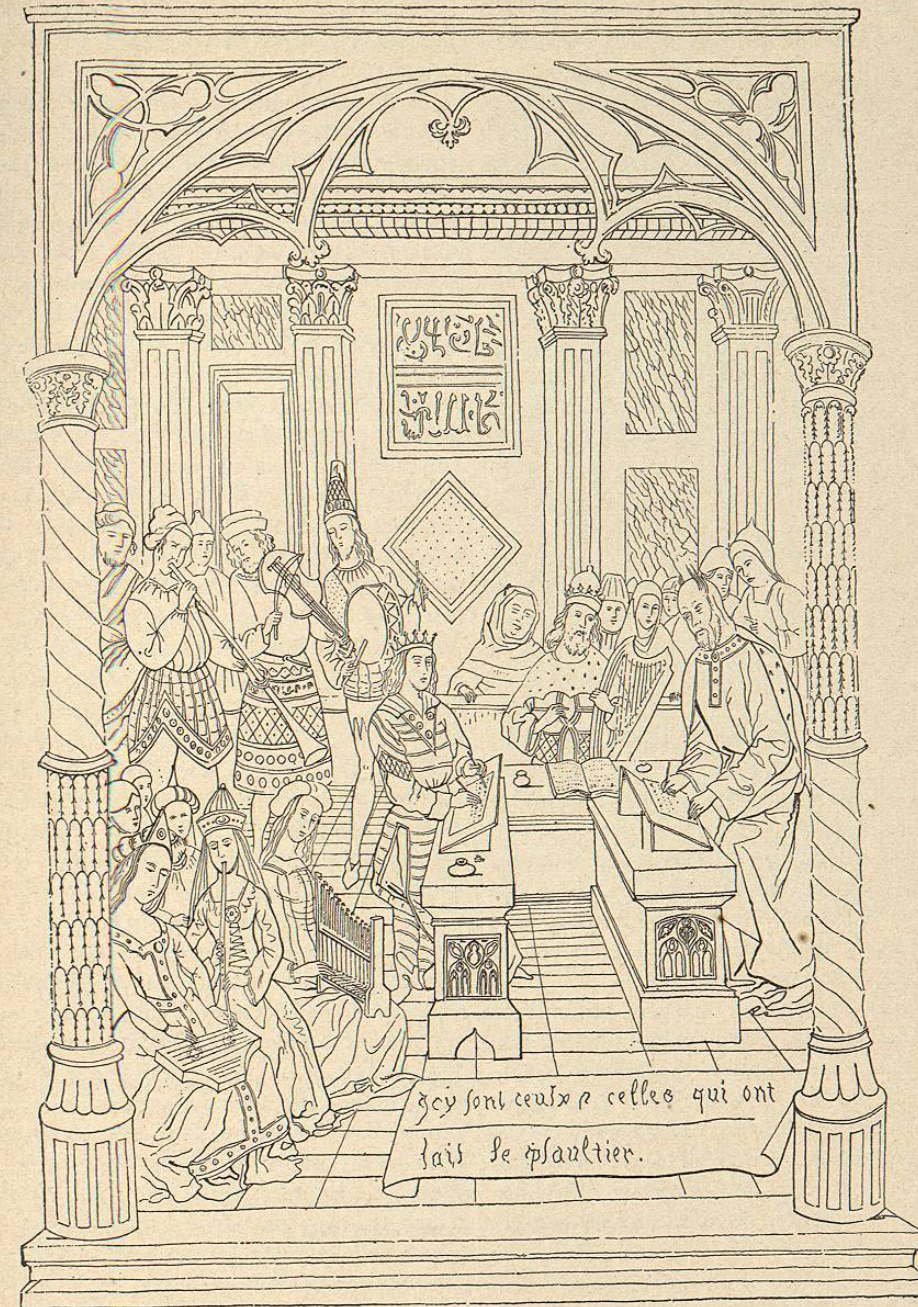
La conservación, la reapertura y la creación de multitud de escuelas y universidades en aquellos tiempos de tanta perturbación, responden á este gusto y á este respeto de los hombres del siglo XV por la cultura intelectual. La Universidad de Caén nace en 1432 y se completa en 1437-1438; la de Burdeos se funda en 1441; Carlos VII crea, para su reino de Bourges, la de Poitiers en 1432, y en el mismo año el papa Eugenio IV concede á la de Angers las facultades de Artes, Teología y Medicina que le faltaban. En las ciudades bien defendidas por sus murallas, las escuelas, por regla general, continúan prosperando, y si los establecimientos de enseñanza instituidos por los cabildos catedrales pierden sus alumnos, ello redundará en provecho de las pequeñas escuelas parroquiales y municipales y de las universidades, como sucede especialmente en Chartres y en Ruán. En Troyes, apenas firmada la paz de Arrás, las escuelas son restablecidas y dotadas de un nuevo reglamento (1436). Y una vez terminada la guerra, las universidades rebosan de estudiantes; el delfín funda la Universidad de Valence (1452) y el duque de Bretaña, Francisco II, la de Nantes (1460); y en París renace tan rápidamente la prosperidad del colegio de Navarra, que dos de sus profesores crean en las casas contiguas un gran pensionado, una «pedagogía», convertida muy pronto en el colegio independiente de Sainte-Barbe (1460).

Pero ¿qué se enseña en esas escuelas y en esas universidades? Nada nuevo, y lo que se enseña se enseña mal. En ellas no se enseña el griego, y a preciosa antigüedad helénica permanece ignorada ó mal conocida (2); síguese hablando ese latín macarrónico que los humanistas del siglo XVI calificarán de lengua de letrina, *glossa cacabilis*, y ese idioma irregular y bárbaro es considerado todavía como clave indispensable de toda ciencia: «Más vale, dice en 1436 el nuevo reglamento de las escuelas de Troyes, un latín congruente que incongruente; más vale un latín incongruente que el francés.» Trátase, en efecto, de conocer el latín de la esco-

(1) «Cabinet historique,» tomo II, 1.ª parte, 1856, pág. 84.
(2) La permanencia del humanista italiano Gregorio Tifernas en la corte de Carlos VII, desde 1457 á 1459, no parece haber tenido consecuencias; á lo sumo dió algunas lecciones de griego á un reducido número de personas. (L. Delarnelle, *Une vie d'humaniste au XV siècle*, «Mélanges de l'Ecole de Rome,» 1899.)

lástica, porque el objetivo, el fin de toda educación es la filosofía; pero ¿qué filosofía, un juego de escuela, una lógica árida. Las enseñanzas especiales nos ofrecen asimismo un espectáculo lamentable: las facultades de Derecho no cuentan en tiempo de Carlos VII con un

El ejemplo de la Universidad de París basta para convencernos de ello: durante la dominación inglesa y los años que siguen á la recuperación de la Isla de Francia, está arruinada, miserable, abandonada por los estudiantes, y sólo piensa en vivir, en salvar sus privilegios;



Una escena en la corte del rey Renato.

Miniatura interesante para el conocimiento de los instrumentos musicales usados en Francia durante el siglo XV

solo profesor cuyo nombre merezca ser citado, y la enseñanza de las facultades de Medicina es puramente teórica.

Ya hemos expuesto la decadencia en que la Iglesia de Francia se encontraba en el siglo XV; en ella está la explicación de esa postración general de la enseñanza, así en las escuelas como en las universidades, porque la mayoría de las escuelas dependen de los cabildos y de las abadías, y las universidades, á pesar de su carácter semi-laico, padecen los mismos males que el clero.

se hace cortesana de Bedford, y con los jueces que proporciona á Cauchón y una consulta en que se patentiza la estupidez de sus doctores, contribuye á perder á Juana de Arco. Después, comprendiendo que la fortuna cambia, é irritada, por otra parte, por la creación de la facultad de Derecho de Caén, sepárase poco á poco del partido inglés, y cuando Richemont recobra París, implora en conmovedoras frases de la benevolencia real la confirmación de sus privilegios. A pesar de todo ha conservado su prestigio; así es que en cuanto em-